

REGIÓN, REGIONALIDAD Y ESTADO NACIONAL: ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE UN PROBLEMA DE LARGA DURACIÓN*

(Lectura desde el asedio de la globalización)

Willington Paredes Ramírez**

¿Cómo se puede establecer lo que no es sin criticar lo que es?

Jean-Francois Lyotard

*El ocultamiento del mundo, la máscara también
nos oculta de nosotros mismos.*

Octavio Paz

*Las regiones, más que un mero reflejo de estructuras geográficas
y económicas, son construcciones de agentes sociales históricamente
determinadas... se trata de proyectos políticos colectivos, más o menos
desarrollados según el caso, en los que determinaciones objetivas vienen
procesadas en función del acervo cultural del grupo y de las circunstancias
históricas concretas que le circulan...*

*Las identidades territoriales se habían desarrollado
más que la identidad nacional. Esto explica en parte, por qué
la cuestión regional, es decir, el conflicto entre el poder central
y poderes regionales, aumentó con el pasar del tiempo.*

Juan Miguashca

*El Ecuador no es un Estado-nación constituido de una vez, con una sola
identidad congelada. Es un conglomerado heterogéneo en cuyo proceso de
constitución, que todavía está en marcha, la diversidad es una clave
definitoria... Reconocer que el Ecuador se construye en la unidad y la
diversidad es abrir un nuevo aspecto a la vigencia de la democracia.*

Enrique Ayala Mora

INTRODUCCIÓN

Los epígrafes nos recuerdan la necesidad de librarnos de una costumbre que nos impide acceder a la comprensión del proceso histórico de la constitución del Estado nacional y de las identidades regionales, étnicas y socio-

* El presente artículo es un resumen de la ponencia que se presentó en el Congreso Ecuatoriano de Historia 2002.

** Archivo Histórico del Guayas, Guayaquil.

culturales que en él convergen como unidad de diversos, pero que no se reflejan ni se expresan en su interior. Sin embargo, la imagen que se ofrece del Ecuador es la de un Estado-nación concluido, articulado y cohesionado de una vez y para siempre. Pero la historia real del país revela otra cosa: somos un espejo trizado de regiones, localidades, sociedades y pueblos que están en la base del Ecuador pero que no son reconocidas por el Estado-nación. Por eso, con razón se ha dicho que: “Estamos acostumbrados a pensar que el Ecuador es un Estado-nación constituido. La idea de que existe en el país una comunidad históricamente asentada sobre el mestizaje o sobre la experiencia de la modernidad occidental y cristiana, una “cultura nacional” única y uniforme y una experiencia común de “ser ecuatorianos” no se pone en tela de duda. La vida de nuestro pueblo, empero, ha ido cuestionando ese lugar común”.¹ La diversidad social ha sido más fuerte y contundente que el deseo de imaginar una nación inexistente.

En efecto, la explicación, difusión y comprensión del Estado nacional se ha dado más en el marco de la ilusión del Estado-nación que de la realidad. En el país se actúa, vive y asume más lo imaginado que lo creado socialmente donde la diversidad social, étnica y cultural nos revela sus claras evidencias. Constantes enfrentamientos, intereses regionales disímiles, prácticas étnicas y culturales diferentes, procesos de simbolización distintos, etc., son las realidades y los límites que están marcando la historia real que la nación imaginada no quiere ver ni reconocer. Por eso, las visiones y actuaciones políticas no pueden alcanzar el largo plazo ni ser refrendados en ciclos de larga duración. Vivimos aprisionados de acuerdos políticos frágiles que evidencian la debilidad del Estado nacional.

Desarrollamos diversos modos de vida y formas socioculturales que expresan, crean y recrean nuestra heterogeneidad complementaria, que es evidente y no requiere demostración. Sin embargo, poderosos intereses económicos y geopolíticos regionales, de Costa y Sierra se empeñan en negar esta histórica realidad social. Tal situación ha determinado los históricos desencuentros entre ciudades, localidades, región, regionalidad y Estado nacional.

En este resumen intentamos una lectura de este complejo problema, articulando elementos que han sido elaborados en el terreno de la historiografía. Buscamos hacer una lectura desde los asedios socioculturales, políticos y económicos que realiza la globalización. Ésta, como realidad ineludible e inevitable, interpela al Estado-nación, le marca nuevas realidades, le señala límites y lo convoca a un proceso de reestructuración donde él ya no es ni el centro ni el eje organizador de la relación entre lo interno, lo nacional y lo global.

1. Enrique Ayala Mora, “Vertientes históricas de la nación ecuatoriana”, en *Ecuador, las raíces del presente*, Quito, diario *La Hora*/Universidad Andina Simón Bolívar/Taller de Estudios Históricos, 2000, p. 194.

Se ha establecido que la incidencia de la globalización se expresa con fuerza en todas las naciones. Además, “el desarrollo de las relaciones sociales mundiales probablemente sirve para disminuir algunos aspectos de los sentimientos nacionalistas vinculados a los estados nacionales (o a algunos estados), pero también puede estar causalmente implicado en la intensificación de sentimientos nacionalistas más localizados. Dentro de las circunstancias de acelerada mundialización, el Estado nacional se ha hecho “demasiado pequeño para abordar los grandes problemas de la vida y demasiado grande para los pequeños problemas de la vida” (Bell). Al mismo tiempo que las relaciones sociales se extienden lateralmente y como parte del mismo proceso, observamos la intensificación de las presiones que reivindican la autonomía local y la identidad cultural regional”.²

Hoy todo parece indicar que la globalización, como proceso y producto social y cultural, señala la presencia de un cuestionamiento y readequación del Estado-nación. La globalización interpela la situación y la condición de toda centralidad, en primer término, la del Estado-nación. También lo hace con otras formas: regiones, microrregiones, localidades, ciudades, etc. Es evidente que nuestros tiempos muestran el agotamiento y necesidad de su redefinición. El efecto de la interpelación que realiza la globalización sobre el Estado nacional, a su vez, estimula la eclosión de las diversidades regionales, étnicas, sociales y culturales, que han permanecido y sufrido bloqueos o silencios por la centralidad de éste. Frente a esto, las realidades sociales deben ser asumidas en el proceso de redefinición de la región, la nación y lo local. Estamos ante aspectos nuevos que reconfiguran el triángulo de: nación-región-local, determinado por el círculo que forma la globalización.

De otro lado, cada momento y período social configura una determinada forma de pensar, leer, explicar y racionalizar los eventos del ayer y de hoy. Es decir, cada tiempo construye un lenguaje social y una gramática para leer y entender los hechos y procesos del momento. Los problemas y la sintaxis de los tiempos nos influye. Pero no solo esto, también inciden los lugares, opciones, visiones y horizontes desde donde leemos y nos situamos para explicar. La globalización también nos interpela y nos obliga a repensarnos desde lo nacional hacia adentro y desde lo local hacia afuera.

El agotamiento y la caída de la centralidad, tanto de la racionalidad en la historia como de los megarelatos así como de la función ordenadora del Estado-nación ha permitido captar la validez e importancia del reconocimiento de las diversidades. La globalización y la mutación civilizatoria que nos toca vivir nos plantea un reordenamiento general de comprensión de la relación

2. Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, Editorial Alianza, España, 1994, p.

entre la sociedad civil y el Estado-nación. El todo y su centralidad apriorística ya no puede constreñir las partes. El Estado-nación ya no puede organizar la sintaxis de las regiones y las localidades.

Así hemos de reconocer que la “caída de una racionalidad central de la historia, el mundo de la comunicación generalizada explota como una multiplicidad de regionalidades” y localidades que toman la palabra para expresarse. Ya no pueden ser acalladas y reprimidas por la idea de que existe una sola forma de organizar la sociedad desde la centralidad del Estado. La autoconsiderada verdadera ya no aparece como el único producto social, político e histórico. Los hombres descubren que en la base de ella hay otras sociedades, que tienen que ser aceptadas como lo que son: peculiaridades. Sin embargo, no estamos frente al caos, sino ante un proceso de liberación de las diferencias. Que, dicho de pasada, no es necesariamente el abandono de toda regla, la manifestación bruta de la inmediatez: también los dialectos tienen una gramática y una sintaxis y, más bien cuando adquieren dignidad y visibilidad descubren su propia gramática. La liberación de las diversidades es un acto por el cual ellas “toman la palabra”, se presentan, por lo tanto se “ponen en forma” de tal manera de hacerse reconocibles; todo lo contrario de una manifestación tosca de inmediatez.³

Hoy estamos frente a nuevas realidades con nuevos elementos que no solo inciden sino que modifican el oficio investigativo y discursivo de la historiografía. No solo es la globalización la que cuestiona y obliga a la redefinición de las narrativas nacionales. También es el límite, crisis y reorganización del Estado nacional, cuanto de los procesos de exclusión y reordenamiento del espacio mundo capitalista y de los países en él. Pero esto se da en medio de un proceso del desgaste (¿agotamiento?) de los discursos y las narraciones totalizadoras, en la racionalidad de las ciencias sociales. Así como en medio de la irrupción de nuevas metodologías y la revalorización de las historias orales. Y de las otras historias sociales: culturales, deportivas, musicales, científicas, etc., que la historia política desplazaba, bloqueaba y no dejaba expresarse, ni les reconocía logros, expresividad y presencia. Ese velo de represión y exclusividad ha caído. Es el tiempo del reconocimiento y valoración de las diversidades. La presencia de las microhistorias desafían a las macro y cuestionan sus discursos centralizadores y excluyentes. Revalorizan lo local, regional y las diversas particularidades de la multiplicidad social. El peso, determinación e importancia de las diversidades socioculturales y la función social que cumplen los imaginarios abre espacios de replanteo, cuestionamiento y reconstrucción del discurso historiográfico.

3. Gianni Vattimo, “Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?”, en *Debates sobre Modernidad y Posmodernidad*, Ediciones Nariz del Diablo, Quito, 1991, p. 55.

También en el trabajo historiográfico irrumpen los nuevos problemas sociopolíticos del presente: el étnico, regional, la interculturalidad, etc.; así como las formas de enfrentamiento y sus "soluciones": el Estado y la sociedad multiétnica y pluricultural, las variantes de la descentralización, las autonomías y los nuevos "centralismos descentralizadores", etc. Estos y otros hechos, problemas y procesos nos dicen que al portal de la historia ecuatoriana, como instancia de estudio y análisis del proceso social del país, acuden eventos y tareas que desbordan los referentes cuanto los instrumentos cognitivos tradicionales.

Por ejemplo: ¿hasta dónde y cómo es posible un enfoque holístico de un período histórico globalizado y con presencia de exclusiones que están determinados para el Ecuador, que incluya las regionalidades y lo étnico-cultural? ¿La globalización destruye, termina, desconstruye o relega al lugar de los anticuarios las historias nacionales? ¿El "fin" y reordenamiento del Estado-nación termina con las "historias patrias" o abre un espacio sociocultural de necesaria revisión crítica para su reestructuración? ¿Cuál es el lugar de las historias sociales locales y regionales en el "discurso" globalizador y en una ofensiva de macdonalización de la cultura? ¿Hasta dónde el "cierre" de fronteras y la paz con el Perú (1997) ha permitido ver y captar la profundidad de las heridas abiertas de los problemas étnicos, culturales, regionales y otros, de la rica diversidad del Ecuador que históricamente fue bloqueada, reprimida y negada por el peso del problema fronterizo y por el rol dominante de la centralidad del Estado-nación?

¿Hasta dónde y por qué podemos hablar de un discurso y una racionalidad centralista, en la percepción e interpretación de los eventos históricos del país y en la creación de una discursividad que excluye lo regional y lo local, lo pluricultural y lo multiétnico? ¿Debe o no ser reconstruido para generar una renovada "nueva" historia social del Ecuador, variada en lo regional y étnico que siempre ha sido nuestra realidad, pero que no podía reflejarse en el discurso historiográfico que se ha estructurado y ejercido desde una visión andinocéntrica que se origina en el mito del Reino de Quito? ¿Cómo articular lo local, regional, multicultural y pluriétnico en las nuevas historiografías que necesitamos para unirnos más y reconocer nuestras complementarias diversidades?

Éstas y otras interrogantes evidencian la existencia de un conjunto de problemas y tareas que debemos encarar para redefinir y reestructurar el oficio y el discurso historiográfico. También nos dice de cuán complejos y vastos son los desafíos que nos esperan. No hacerlo significaría persistir en los mismos vicios y sesgos de "una racionalidad central de la historia" que define, explica y otorga sentido a todo y desde el todo; y al hacerlo, como "centralidad", bloquea las diferencias.

El desgarramiento del velo de la supuesta uniformidad nacional (lisa y

sin diversidades) que se impuso como visión y discurso comenzó a caer en los noventa. Aunque siempre estuvo cuestionada y emergía en los tiempos de crisis y tensiones regionales, étnicas-culturales. Hoy son más evidentes y resultan innegables por el peso de las acciones que vienen realizando las demandas, movilizaciones y luchas indígenas, montubias y de negros. La exclusión de las diversidades socioculturales ha terminado con la prepotencia de un Estado-nación inconcluso que reprimía las diversidades sociales.

Estos hechos hacen evidente su agotamiento. Crean la necesidad de reestructurar el Estado nacional desarrollista que montó el petróleo y sus beneficiarios. También el peso de la deuda externa y sus efectos, las nuevas demandas sociales y políticas de las localidades, la evidencia creciente de serios conflictos regionales y culturales, etc., son aspectos que operando desde adentro o desde afuera nos dicen que no es solo la globalización la que pone en entredicho el "Estado nacional" ecuatoriano, sino también este conjunto de viejas y nuevas realidades de problemas de larga data que han sido pospuestos, bloqueados, ocultados o irresponsablemente reprimidos por las élites y los grupos de interés.

REGIÓN Y REGIONALIDADES: REALIDADES CONSTANTES, PERMANENTEMENTE BLOQUEADAS

El lenguaje de las élites políticas radicalizan una rivalidad a partir de una configuración regional que necesita ser superada, desarmada, más que afirmada y ratificada por el lenguaje de la política. Se recurre a un discurso con formas asentadas en un anacrónico regionalismo que termina por fragmentar el sistema político, y por diluir los espacios de diálogo. El regionalismo es una forma de reparto del poder nacional que han hecho las élites políticas en provecho de unas élites económicas. En la política regional se esconde la defensa de privilegios locales. La imposibilidad de encontrar un proyecto que nos aglutine a todos se explica, en buena medida, por la insistencia en un lenguaje que repite las viejas fracturas regionales, con el fin de convertirlas en espacio de legitimidad política a partir de rivalidades insuperables. Cada vez aparece más claro, por el anacronismo de la política frente a las exigencias de la sociedad, que también el discurso de las regiones es parte de un juego político quedado en el tiempo (en "Las regiones, ese otro anacronismo", *Hoy*, Quito, 1 de septiembre del 2000).

De partida, la división político-administrativa del país no refleja las sociedades regionales y/o locales actualmente existentes... El efecto de la presencia de esta estructura de delegación es claramente negativo, en términos de capacidad de expresión de las sociedades regionales y locales. Aunque la constitución no lo señala, explícitamente, el delegado del ejecutivo en cada una de las instancias asume el papel de primera autoridad, lo que de hecho niega la posibilidad de

expresión directa y, en consecuencia, se constituye en un dique para la manifestación de sus intereses (Simón Pachano).

Los dos epígrafes anteriores evidencian las dos percepciones diferenciadas de sectores de la intelectualidad y de las élites de Quito. Mientras la ideología del diario *Hoy* presenta a las regiones como anacronismo, la investigación de Simón Pachano lo lleva a afirmar lo contrario. En el mismo sentido se expresa el Dr. José Varea Terán:⁴ "Hay que comenzar a valorar las diferencias regionales como variedad biológica; esto es cómo a los hombres no solo existiendo sino viviendo en su ambiente; y no anteponer el regionalismo como realidad socioeconómica y política; esto es, valorar a los hombres en su ambiente, pero no como seres humanos, sino agentes de producción de dinero y votos electorales". Y está de acuerdo con Osvaldo Hurtado, de abrir una discusión franca sobre el regionalismo. Esto implicaría retomar las ideas generales y las explicaciones socioeconómicas, culturales y sicosociales que se dieron desde 1920 a 1970.

En los hechos, procesos, eventos sociopolíticos, económicos e históricos del país, incluso en su imaginario social, cuanto en sus expresiones culturales y simbólicas, la región, las regionalidades y los regionalismos se nos presentan como una constante, que asedia como fantasma, pero que es negada por una pseudo racionalidad nacional y "unitarista". Sin embargo, estos se muestran en el día a día. Ahí nos señalan y marcan sus evidencias y efectos. A cada paso, la realidad regional cuanto sus productos nos dicen que la región, las regionalidades y los regionalismos son parte de nuestra cotidiana vida social. No son creaciones ilusorias ni alusiones patológicas de localismos "disolventes", "separatistas" o delirios localistas. Estaban ayer y están hoy con sus signos, símbolos y lenguajes. No verlas ni aceptarlas es persistir en los yerros del discurso estadocentrista que niega y bloquea lo que la sociedad crea, expresa y es.

Sin embargo, se ha querido leerlos simplistamente. Reducirlos a simple geografía. Algunos solo aceptan que configuran paisajes diferenciados. No les reconocen la importancia que tienen en nuestra vida histórica, cultural y en los procesos políticos del Ecuador, de ayer y de hoy. No ha sido por falta de investigaciones (que hay muchas) sino por el peso gravitante que ha tenido el problema territorial con el Perú. Éste ejercía una especie de represión silenciosa (también autocensura) para crear la ilusión de un Ecuador sin diferencias ni diversidades regionales, étnicas y culturales: una nación imaginada.

La ilusoria autoconciencia de una unidad geopolítica sin diferencias, ho-

4. "Valorar el regionalismo", *Vistazo*, No. 759, abril 15 de 1999.

mogénea, uniforme, desde siempre, que transitaba metahistóricamente del mítico “Reino de Quito” a la Presidencia de Quito y de éste a una República unitaria con un Estado nacional que recogía, asumía y difundía una identidad imaginada ha sido perjudicial. Se ha creído que tal hecho e interpretación nos protegía de la geopolítica del Perú. Sin embargo, en el fondo, fue creando las profundas “heridas abiertas” de unas constantes diversidades sociales que al ser negadas, bloqueadas y reprimidas, se constituyeron en matrices de contradicciones y conflictos que debilitaban la unidad nacional y, al silenciarlas, han terminado por expresarse como localismos. Así se fue creando una cultura de la intolerancia y un irresponsable irrespeto a las diversidades y al derecho a la interculturalidad.

Por esta concepción y práctica, vivimos una unidad nacional más imaginada que real, más deseada que verdadera, que opera como obstáculo para la cohesión nacional. También suponemos la existencia del Estado nacional compacto, sin rezagos ni diferencias; una cultura nacional (¿homogénea?) que negaba, bloqueaba y reprimía las diferencias étnicas y regionales que son visibles, ayer, y mucho más hoy. Así se impusieron y nos impusimos una lógica, un lenguaje y una gramática de unidad que no corresponde a la variada expresión de realidad de nuestra historia. Asumimos un discurso, una racionalidad y una ideología de unidad sin diversidades que es ilusión y deseo, antes que realidad. Pero, más tarde que temprano saltarían las diferencias reprimidas y silenciadas. En los períodos de crisis han salido y no siempre han tenido un adecuado tratamiento. Pero, hay que reconocer que solo desde los noventa es cuando el espacio social se abre para percibir y comenzar a tratar nuestras diferencias y replantear, en serio y a fondo, un reordenamiento no solo del espacio nacional sino también del Estado nacional, cuanto de la difusa cultura nacional.

La irrupción intensa de lo étnico y regional que hoy vivimos como la necesidad de repensar y rediseñar el Estado-nación y la presión por la descentralización, tienen lógica histórica que no debe ser atribuida exclusivamente al asedio de la globalización. Estos problemas corresponden al dominio de un Estado nacional que excluye la diversidad social y que como aparato y poder solo otorga palabras y sentido a lo que no se opone a su discurso y recurso centralizador y uniformizante.

La línea que busca rastrear las huellas y mostrar las evidencias de la presencia de lo regional en la historiografía es lo que intentamos hacer en este trabajo. Buscamos mostrar que en los estudios e investigaciones, la regionalidad sí ha sido tratada como una realidad que está presente en la historia y en la sociedad ecuatoriana. Y lo está no como geografía y realidad física sino como experiencia y producto sociohistórico, político y cultural. Con ello buscamos establecer la presencia de una realidad que ha sido bloqueada y autocensurada para que la “racionalidad central” del Estado-nación se imponga como mito, negando la base de las diversidades sociales, étnicas y culturales que el país real tiene.

Y no se trata de hacer apología de la diversidad y acentuar sus efectos, no. Lo que buscamos es que a partir de su aceptación y reconocimiento, una práctica de interculturalidad nos reeduce para que las huellas y el lenguaje agresivo de mono y longo sean reemplazados por los adecuados gentilicios de costeño y serrano. También para que la política y su accionar complejo sea percibido como un proceso cruzado por los efectos de las regiones y las regionalidades.

Reconocer nuestras diferencias étnicas, locales y especialmente, regionales no nos desune. Todo lo contrario, nos sitúa en su realidad desde donde tenemos que mirar y actuar para reconstruir una nueva forma de unidad nacional. Pues:

La especificidad del caso ecuatoriano radica en la existencia de sociedades regionales, entendidas como espacios económicos y sociales claramente diferenciados, en los que se establecen redes de relaciones específicas y se constituyen grupos sociales con características muy particulares; por tanto, se configuran también estructuras de poder, formas de dominación y mecanismos de legitimación propias de ese entorno. Además, dado el agudo centralismo existente, que privilegia el aparato estatal como un actor fundamental del juego político (y como esencial de distribución económica) aquellas sociedades regionales encuentran un elemento exógeno de definición: su relación de identificación/oposición con el Estado. Por tanto, aunque la causa última de esas profundas diferencias en el comportamiento político se encuentre en la existencia de sociedades regionales, no es menos cierto que ellas se robustecen por la existencia de factores propiamente políticos. Es verdad que la homogeneidad territorial (regional y provincial) no se encuentra en ningún país, pero tampoco es fácil encontrar diferencias tan marcadas como las que se observan aquí.⁵

HISTORIOGRAFÍA, REGIÓN Y REGIONALIDAD

La homogeneidad interna es esencialmente una creación del control estatal. Todos los tipos de prácticas sociales –producción, cultura, lenguaje, mercado laboral, capital, educación– están regulados, acuñados, limitados, racionalizados y, al menos, etiquetados desde el punto de vista nacional (economía, lengua, literatura, opinión pública, historia... nacionales (Ulrich Beck).

La universalización no se refiere solo a la creación de grandes sistemas, sino a la transformación de contextos locales, e incluso personales, de experiencia social... no es un proceso sencillo sino una compleja mezcla de procesos que actúan frecuentemente de modo contradictorio, por lo que se producen conflictos, desconexiones y nuevas formas de estratificación. Así por ejemplo, la reanimación de los nacionalismos y el énfasis dado a las identidades locales están directamen-

5. Simón Pachano, *Democracia sin sociedad*, Ediciones ILDIS, Quito, 1996.

te vinculados a las influencias-universalizadoras, y se alzan en oposición a ellas.

En una sociedad universalizadora y cosmopolita desde el punto de vista cultural, las tradiciones se ven expuestas a la vista de todos y se les exigen motivos o justificaciones (Anthony Giddens).

La revelación de nuestras identidades y de la identidad común que resulta de nuestra diversidad asombrosa, pasa por el rescate de nuestra historia. Pueblos que no saben de dónde vienen, de qué raíces, de qué mezcla, de qué actos de amor, de qué violaciones, difícilmente pueden saber a dónde van. Pero esto implica el descubrimiento de nuestra verdadera historia (Eduardo Galeano).

La globalización del capitalismo hace germinar tanto la integración como la fragmentación. En la misma medida en que se desarrollan las diversidades, se desarrollan las disparidades (Octavio Ianni).

Paul Ricoeur nos recuerda que “la historia está animada de una voluntad de *encuentro*, tanto como de una voluntad de *explicación*”. Esto acontece porque los historiadores siempre van “hacia los hombres del pasado con su propia experiencia”. En efecto, los tiempos que vivimos, los problemas que demandan solución, las tareas no resueltas que heredamos del pasado histórico, constituyen el conjunto de desafíos que debemos encarar. No solo los académicos sino toda la sociedad civil. En la realidad social de hoy no se puede vivir del sueño de una nación imaginada. La historia ha hecho evidente su caducidad.

Desde la Historia, como ciencia social y desde la historiografía como discurso y recurso que reconstruye el pasado es más sencillo hacer inteligible la diversidad de procesos que como problemas están en el tapete del debate. Ecuador tiene un conjunto de situaciones problemáticas que no ha sabido comprender ni resolver y que su clase política, irresponsablemente, los ha eludido. Por esto, mirar desde la historia al país implica ver, aceptar y asumir que: “El estudio de la historia del Ecuador nos lo demuestra como un sujeto histórico cambiante, al que no es posible entender unilateralmente, ni al margen de un proceso inacabado en el que se imbrican factores internos y externos, actuando en un mundo en acelerada transformación”.⁶

Desde la historia y los procesos sociales que construyen las estructuras de larga duración, los protagonistas colectivos, al mismo tiempo que se inscriben en ellos, escriben la temporalidad y configuran el perfil de sus acontecimientos. En el Ecuador no solo en la base y huellas, sino también en los lenguajes y modos de vida, están presentes los signos y la gramática de las regiones y las regionalidades. Están marcando realidades sociopolíticas y culturales diferentes y diferenciadas. Son claras evidencias que la realidad socio-histórica se manifiesta por su accionar. Señalan y caracterizan el modo de ha-

6. Enrique Ayala, “Vertientes históricas...”, *op. cit.*, p. 204.

cer y del ser de actores y procesos. En este sentido, las regionalidades no son solo geografía física cuanto historia, sociedad, cultura y política.

Por eso, son mucho más que permanencia física y reflejo de espacios, son sociedades. No son lenguajes que la geografía escribe en las sociedades. Son formaciones históricas de las sociedades que han usado y transformado los medios para hacer regionalidades, localidades, ciudades, etc. Son una forma de cuerpo socrionatural de la memoria sociocultural y política que están presente en cada uno de los hechos y procesos históricos del Ecuador, de ayer y de hoy. Se expresan como signos y simbolizaciones de base espacial pero de gramática y sintaxis, evidentemente, política y cultural. Por eso, penetran la historia, la marcan y están presentes como huellas inequívocas de realidades que los pueblos y las sociedades crearon.

Maiguashca las entiende como “construcciones de agentes sociales históricamente determinados”, detrás de las cuales hay que distinguir sujetos y proyectos políticos y culturales colectivos y concretos. Proyectos que activan procesos que pueden estar más o menos desarrollados pero que configuran la historia misma de la sociedad ecuatoriana. Son el producto de las acciones, pasiones y lenguajes de los sujetos que las habitan y construyen socialmente. Influyen sobre el modo de ser de sus colectividades, al mismo tiempo que éstas las crean y recrean. Por eso, las afirman y las niegan. Son realidades que marcan. Signos y huellas sociopolíticas que no pueden negarse, aunque el Estado se empeñe en hacerlo. El bloqueo no las silencia. El patológico centralismo por eso nos desemboca en esa esquizofrenia identitaria que da el título del libro de Donoso Pareja.

En el campo de la historiografía es donde más se ha avanzado en su aceptación, incorporación y trabajo colectivo de los estudios sociales. Todo el trabajo teórico, investigativo y metodológico que se expresa en la *Nueva Historia del Ecuador*, que editó Enrique Ayala, está marcado por la evidencia que la historia nacional, también es “historia nacional en ciernes”. Pues, las regionalidades como evidencia de la historia social del país la cruzan a todo lo largo de su temporalidad. Y lo es, no tanto porque los estudios y el discurso historiográfico se están renovando, cuanto porque el Estado-nación y la cultura nacional están cruzados por las identidades regionales y la diversidad étnico-cultural.

Cuando el proyecto de la *Nueva Historia del Ecuador* asumió las regiones y las regionalidades lo hizo en la línea que había marcado Maiguashca y que estaba en la realidad misma de los procesos sociales de la historia del país. Recogía lo que los estudios sociales habían efectuado durante la décadas de los sesenta y setenta y también lo que se daba en los terrenos de la economía y la sociología política, etc. Los académicos de la nueva Geografía Histórica, especialmente, de los franceses, en los ochenta, permitieron una adecuada comprensión de la construcción social del espacio nacional en el Ecuador

(Jean Paul Deler y otros). En la Historia y la Geografía Social sí hay una aceptación y uso de las regiones y las regionalidades, no solo como recursos metodológicos sino como aceptación que ellas son realidad histórico-concreta del devenir de la sociedad ecuatoriana. Una breve reseña nos puede permitir una mejor comprensión de ellas, de su presencia y de su incidencia.

En 1978, FLACSO-Ecuador y CERLAC-Universidad de York-Canadá elaboraron el Proyecto Ecuador con el objetivo de investigar, estudiar y establecer cuáles son “las tendencias del desarrollo económico, la evolución de las estructuras sociales, rurales, la emergencia de los movimientos políticos contemporáneos y la constitución de los espacios regionales en el siglo XIX”. Esto incluyó actividades de investigación original, coloquios multinacionales en Canadá y Ecuador para el diseño de los estudios y discusión de sus avances. También creó redes de comunicación y publicación de los estudios que se concretan en las obras: *La economía política del Ecuador. campo región y nación*; *Clase y región en el agro ecuatoriano*; *La cuestión regional y el poder e Historia y región en el Ecuador*. Estos estudios conducen a establecer y explicar por qué los cortes regionales no solo son un elemento importante de nuestra realidad del siglo XIX y XX, sino que además, como realidad histórica-social, marcan sus conflictos y siguen vigentes en el Ecuador contemporáneo.⁷

En el último volumen de este proyecto, Juan Maiguashca es directo. Expresa una verdad que es evidencia desde hace décadas:

Por lo general la historia del Ecuador ha sido vista desde el centro político del país. Desde esta perspectiva el siglo XIX es un siglo de ruptura: independencia, república, secularización, liberalismo. Este mismo siglo, visto desde la periferia, empero luce diverso. Puesto que a la periferia las rupturas llegaron lentamente, lo que en ella se capta con claridad son las continuidades.⁸

Hace algunas décadas, Maiguashca (1978) señaló que a inicios del siglo XIX, en el Ecuador, se produjeron procesos sociopolíticos, económicos y culturales que indicaban desplazamientos regionales, que no generaban y se cristalizaban en integración nacional. La historiadora española, María Luisa Laviana Cuetos,⁹ sitúa este proceso, en la segunda mitad del siglo XVIII. En este período histórico es cuando se genera el dinámico despliegue mercantil agrocapitalista de Guayaquil. Esto según Contreras (1994) contribuyó a que gravitaran sobre la Costa diversos factores que la hicieron una región bastan-

7. Juan Maiguashca, edit., *Historia y región en el Ecuador, 1830-1930*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1994.

8. *Ibidem*, p. 14.

9. María Luisa Laviana Cuetos, *Guayaquil en el siglo XVIII, recursos naturales y económicos*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1987.

te autónoma, no solo del viejo sistema colonial sino también de la moderna vida republicana de hoy. De ahí nos invita a entender que “las regiones no son tanto producto de la geografía, como lo son de la historia”. Similar situación de configuración, más o menos autónoma, registran los estudios de Silvia Palomeque (1978, 1990) y Leonardo Espinoza¹⁰ para la zona austral.

Precisamente, por el peso que el proceso sociopolítico ha tenido en la configuración de las realidades regionales, y viceversa, el aspecto nacional no ha sido determinante. Además han influenciado en la debilidad estructural sociopolítica de su base. En su pretensión de fortalecimiento y obsesiva centralidad no se fortaleció, sino todo lo contrario, se debilitó. Éste es uno de los aspectos que corresponden a los comportamientos y las acciones políticas del Estado, como aparato de poder e institución de fuerza. En nuestro país se ha producido lo que algunos estudios han señalado: “El Estado Institución ha nacionalizado y estatizado sociedades durante cinco siglos de Estado-nación”. Por eso, “la modernización iniciaría un proceso de desnacionalización de las sociedades, las sociedades no-nacionales y que no podrán ser pensadas nacionalmente”.¹¹ Precisamente, esto es lo que suele aflorar cada determinado tiempo.

Los avatares del proceso de inconclusión del Estado nacional, la consistente realidad y permanente presencia e incidencia histórica de las regiones y las regionalidades es lo que ha determinado su debilidad. Buscando su fortaleza pretendió “nacionalizar” (disolver, reprimir, bloquear o silenciar) las regiones y las regionalidades. Pero, este accionar ha sido una de las causas de su débil estructuración. De ahí que su proceso “en ciernes” (Quintero-Silva) se explica por la persistencia en la exclusión de las diversidades. Las regiones y las regionalidades han sido hechos y procesos sociales más determinados por la historia que por determinismos geográficos. Los esfuerzos por construir un Estado-nación, negando, olvidando o bloqueando las determinaciones regionales han sido contraproducentes. Pues, no son arcaísmos ni posturas separatistas ni aspectos disgregadores. Son evidencias y signos socioculturales de la inconclusa e inestable constitución del Estado nacional.

En consideración de éste, un investigador de USA ha señalado que el regionalismo en el Ecuador es tanto un producto geográfico, histórico y social. Es una realidad innegable que genera “profundas diferencias, lingüísticas, religiosas y culturales”. Dice que, “el Ecuador ha carecido históricamente de un

10. Leonardo Espinoza, “Regionalización, descentralización y autonomía como facilitadores para un proyecto de desarrollo de la región cañari”, en *Revista de Economía y Política de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Cuenca*, No. 6, Cuenca, 2000.

11. José Sánchez Parga, “La modernización del Estado”, en *Fin del ciclo del Estado-nación*, Abya-Yala, Quito, 1999.

fuerte sentido de conciencia nacional". Y, "dadas estas circunstancias el nacionalismo tuvo poco significado". Por esto, para el siglo XIX y XX, sostiene que: "Ecuador menos que una nación, fue una serie de regiones. Esto determinó que cualquier ecuatoriano con interés en la política nacional, dirigiera su energía al beneficio casi exclusivo de su lugar natal. En estas circunstancias primaron los intereses locales mucho más que los nacionales".¹²

Esta paradójica construcción del Estado-nación y el mayor peso, consistencia y persistencia de lo regional, la regionalidad y los regionalismos evidencian la fortaleza de los segundos en la debilidad del primero. Sin embargo, como constante y como realidad histórico-social ha estado y está ahí y aquí. Actuó y sigue incidiendo en la vida sociopolítica y cultural del Ecuador del siglo XXI, esperando, sobre su aceptación como sociedades concretas, contribuir a rediseñar el nuevo perfil del Estado nacional.

Maiguashca, siguiendo a Kossok, sostiene que cuando el Estado nacional está en su formación se le impone una suerte de aparato (fuerza) que articula y subordina las diversidades regionales. Desde esta perspectiva, el Estado-nación del Ecuador es un proceso inacabado, marcado y afectado por determinaciones internas y externas. El Estado imaginado ha persistido en bloquearlas como realidades sociopolíticas, persistiendo en creer en una unidad sin diversidades. En estas condiciones el Estado, en sentido estricto, no es un Estado-nación sino ante todo un aparato. Por eso: "No funciona como pieza final sino como instrumento institucional central" que es el que opera los resortes, mecanismos e incide sobre los procesos sociales, pasa en medio de ellos para, posteriormente, trabajar por una "ulterior consolidación de la nación" en el Ecuador. Obviamente sin lograrlo.

A partir de estos elementos sostiene que, en el Ecuador, "el Estado hizo acto de presencia primero como institución burocrática" y su existencia (a lo largo del siglo XIX) "fue inicialmente un tanto primitiva. Pero no por esto dejó de generar una lógica muy propia que se articuló a través de la ejecución de tareas que le eran específicas, la de institucionalizar su autoridad a lo largo del territorio nacional, la de administrar varias ramas de la cosa pública y por fin, la de crear símbolos con el propósito de hacer de la población del país una entidad colectiva". Este proceso explica por qué el Estado fue más un instrumento que un constructor de procesos sociopolíticos de integración, unidad y de articulación interregional. Sin embargo, en el siglo XIX y buena parte del XX, "hizo una contribución primordial al proceso de formación nacional no tanto como expresión de dominación social sino como una institución burocrática".¹³

12. Ronn Pineo, "Guayaquil y su región en el segundo boom cacaotero, 1870-1925", en Juan Maiguashca, *Historia y región...*, op. cit., pp. 275-277.

13. Maiguashca, *Historia y región...*, op. cit., p. 357.

En términos conceptuales, la más adecuada aproximación a la relación del Estado nacional con las regiones y sus procesos políticos y socioculturales, la da este autor, cuando afirma, que en el Ecuador de ayer y de hoy: “Lo regional es un fenómeno y, como tal, no puede ser reducido mecánicamente a interés local o interés económico diferenciado”; pues, “las regiones, más que un mero reflejo de estructuras geográficas y económicas, son construcciones de agentes sociales históricamente determinadas, se trata de proyectos políticos colectivos, más o menos desarrollados según el caso, en los que determinaciones objetivas vienen procesadas en función del acento cultural del grupo, de las circunstancias históricas concretas que le circundan. Desde este punto de vista, las regiones en la historia de la república ecuatoriana han sido tres: la de Quito, la de Guayaquil y la de Cuenca”. Ésta, sin duda, es la mayor precisión y la mejor percepción de la realidad del proceso histórico y sociocultural del país.

En el somero inventario anterior, buscábamos hacer evidente la diversidad de usos y la permanente presencia de las regiones. La nueva historiografía hace evidente no solo la realidad de la región y las regionalidades y su incidencia en los procesos histórico sociales, culturales y políticos del país, sino además que busca explicarlo como elemento periodizador, metodológico y cognitivo de la realidad social. Su presencia indica que no es una “invención” de académicos, ni un elemento “ideológico”, creado por sectarios y “separatistas” que buscan la destrucción del Estado y la unidad nacional. En esto no siempre los resultados de las investigaciones y avances historiográficos han logrado socializar sus resultados. Aunque también el discurso del Estado y la tradición de su mito pesó mucho en la conciencia de los ecuatorianos.

La debilidad del Estado nacional, su carácter inconcluso, los avatares de la cultura y la identidad nacional, las dificultades de la unidad nacional, de ayer y de hoy, las constantes amenazas de la fragmentación, el carácter antidemocrático y excluyente del Estado nacional (como aparato y poder burocrático), las tensiones regionales, los conflictos Quito-Guayaquil, la ausencia de una cultura de tolerancia para aceptar y bien tratarse con las diversidades, las diferencias evidentes de simbolización de Costa, Sierra y de diversas localidades, etc., son entre otros, los elementos que explican cuánto daño hace el negar y bloquear la realidad social, cultural y simbólica de las regiones y las regionalidades. Demasiado alto es el costo social que pagamos para persistir en bloquearlas y en seguirlas negando.

Por eso, resultaba paradójico que mientras el 1 de septiembre del 2000, un editorial del diario *Hoy* calificaba las regiones “como ese otro anacronismo”; la Comisión de Descentralización y Gobiernos Seccionales del Congreso, como máxima expresión de las fuerzas políticas, que buscaban terminar con el centralismo, decía: “Estamos analizando la creación de siete regio-

nes".¹⁴ Ésta es una de las tantas muestras de cómo y por qué los regionofóbicos no logran entender lo que es tan simple, teórica y prácticamente: la existencia y vigencia de las regiones y las regionalidades en la historia, la política y la cultura del país diverso que realmente somos.

Sin embargo, no es menos cierto que tal entendimiento y aceptación demanda la necesaria redefinición y reestructuración del actual Estado nacional, así como el replanteo de una nueva relación entre la sociedad civil, las regiones, etnias, culturas y el Estado. Implica, además, tener la disposición política de querer terminar con el centralismo que excluye y divide el país. Significa aceptar y comprender de otra forma la diversidad cultural ecuatoriana, asumir la interculturalidad como una necesidad de convivencia y de responsabilidad cívica y social. En sentido estricto, es replantearse el país como un nuevo proyecto histórico y como un renovado destino político que se sustente y reconozca las diversidades sociales.

Pero, la pregunta fundamental no parece ir por el lado de los pro y los contra de la región, las regionalidades y los regionalismos. No van por el lado de etiquetarlas como arcaísmos y aberraciones históricas, sino por preguntarnos (al estilo de la obra de Kundera: *La insoportable levedad del ser*) por qué y cómo persiste "la insoportable levedad del ser" regional frente a la búsqueda desesperada y angustiante de un proyecto que aglutine al Ecuador diverso que realmente es. Aquí es donde se devela un aspecto central de la otra forma de comprender la unidad desde la interregionalidad, intrarregionalidad y diversidad cultural que históricamente nos constituye y seguimos construyendo en el día a día.

Algunos intelectuales, pocos historiadores (¡gracias a Dios!) creen que hay una nación ecuatoriana que preexiste desde siempre. Que debemos encontrarla (mejor decir, reencontrarla) porque proviene de un pasado heroico de una quiteñidad transhistórica y que es ella la que aglutina y nos representa a todos, homogenizándonos en una ecuatorianidad uniforme sin diversidades. No se dan cuenta que "el presentar Quito como el centro y el epítome de la nación entraña un conjunto de ideas acerca de la civilización andina y la superioridad (basada en lo blanco, católico, lo terrateniente), un ejemplo para los ciudadanos de otros lugares del país. La geografía imaginaria implícita de las identidades nacionales oficiales es una dimensión crucial, aunque frecuentemente poco reconocida, en el análisis de formaciones discursivas del Estado y las ideologías oficiales de lo nacional. Además, esta geografía nacional se ve reforzada por la búsqueda de los "orígenes" del imaginario del Reino de Quito, reiterando la idea de un espacio nacional a largo plazo que confina con otras naciones. Al invocar las fronteras como signos de

14. *El Comercio*, 30-X-2000.

diferencia nacional, los discursos oficiales de la nación representan a ésta como una entidad históricamente continua y geográficamente discontinua, entrelazando espacio y tiempo”.¹⁵

No obstante estos señalamientos de prestigiosos investigadores extranjeros, sin embargo, se persiste en creer que desde Quito centro se originó y organizó la nación y que es la matriz del Estado y la cultura nacional. Pero, esto es algo de lo que hemos carecido y carecemos aún. Por ejemplo, en el imaginario social del goce y disfrute que el deporte nos depara, nos vemos representados en la selección nacional de fútbol, porque ahí está presente y actuando el arcoiris de etnias, culturas y regiones que realmente somos. Ahí están vistiendo la tricolor y generándonos alegrías o tristezas, los cholos y negros, serranos y costeños, mestizos y recién llegados. Y aunque no estén los indios, ahí están sus descendientes, bajo la piel y el ropaje mestizo. Pero, esto no pasa en otros ámbitos porque el Estado nacional, como aparato y fuerza de poder centralista, nos ha impuesto una identidad que no corresponde a la realidad social e histórica del país.

Existe una creencia que, tácitamente, afirma que el Ecuador es homogéneo, cultural, regional, social y étnicamente. A esto Erika Silva lo llama: “Los mitos de la ecuatorianidad”. Especie de ídolos de la plaza y del teatro que engañan a quienes se topan con ellos y creen en sus fatuas representaciones. La afirmación de la ecuatorianidad como uniforme o el mito de un Ecuador sin diversidades y regionalidades es el primer gran equívoco. El segundo es aquel que cree que las diferentes regiones, culturas, etnias y variedad social que hacen la “fanesca nacional” que somos, nos vemos representados y expresados en la “Nación quiteña” (antecedente metahistórico) de los que sostienen que ésta es la esencia misma de la nacionalidad, identidad y cultura ecuatorianas. Superar esta formulación significa repensar el Ser Nacional. Implica asumir la diversidad y aceptar que vivimos en medio de la insostenible levedad de las regiones y las regionalidades porque es lo que históricamente somos y construimos socialmente.

Si la región y las regionalidades no han muerto ni desaparecen porque las excluyan y las silencien, tampoco deben ser consideradas convidadas de piedra. Son hechos y procesos que persisten con su terca consistencia, configurando la sustancia del Ser y de los diferentes procesos históricos de la nación. No son anacronismos. Constituyen los modos de expresión y la vida misma de la rica diversidad real que construimos y nos define. Su presencia y persistencia nos afirman y gritan esa realidad que no debemos ni podemos eludir. Cabe preguntarse ¿No será que, precisamente por querer eludir, blo-

15. Sarah Radcliffe y Sallie Westwood, *Rehaciendo la nación. Lugar, identidad y política en América Latina*, Abya-Yala, Quito, 1999, p. 126.

quear y pretender “superar” y negar las regiones, las regionalidades, y la incidencia de lo regional en los procesos sociales, políticos y culturales, cuanto sus implicaciones, no hemos podido construir un proyecto unitario de país?

Hay datos que históricamente es necesario tener presente y que no se pueden soslayar. En 1824, cuando Bolívar expide la Ley de División Territorial, se consideran tres departamentos: Quito, Guayaquil y Cuenca. Éstos nos remiten y expresan la presencia de tres regiones sociopolíticas. En 1830, cuando nos separamos de Colombia, la representación política de este acuerdo y del agrupamiento en la República del Ecuador se da sobre la base de una representación igualitaria por los tres departamentos-regiones. Más aún, la Constitución del Estado del Ecuador de 1830, en su artículo primero, cuando define las relaciones del Estado dice: “los departamentos de Azuay, Guayas y Quito quedan reunidos entre sí formando un solo cuerpo independiente con el nombre del Ecuador”. Esta situación se mantuvo hasta 1860, cuando se prefirió y se privilegió la provincia y no las regiones sociohistóricas en las cuales se fueron construyendo las sociedades y pueblos del Ecuador diverso.

Diferentes historiadores que han trabajado sobre la “cuestión regional” del país han logrado establecer las bases y las características de la condición sociocultural de la regionalidad. Incluso las expresiones del regionalismo han sido explicadas como manifestación y derivación política de procesos complejos de estructuración de la nación y de persistencia de lo local sobre lo nacional. Esta relación nunca se expresa de manera transparente, sino a través de una compleja red de mediaciones donde un aspecto puede sobredeterminar otro, según la coyuntura y los procesos históricos concretos. Precisamente por esto se ha establecido que “lo regional no se agota en su relación con lo nacional”.¹⁶ Además, se ha llegado a establecer la mediación compleja entre lo regional y lo local, tanto en los procesos sociales como en la configuración política. También en la estructuración de las identidades. Incluso se ha percibido y explicado la existencia de formaciones sociales, estructuras, poderes y formaciones socioculturales intrarregionales. Pues, de hecho “el regionalismo se subdivide y opera ya a nivel casi local. No es de extrañar, puesto que no es un sentimiento propiamente geográfico sino social”.¹⁷

Ya es hora que asumamos las regiones y las regionalidades como parte y sustancia del ser nacional variado y procesal que nos ha caracterizado siempre. Eludirlo e ignorarlo no puede constituir solo un anacronismo sino

16. Rafael Quintero y Erika Silva, *Ecuador: una nación en ciernes*, Abya-Yala, Quito, 1991.

17. Julio Estrada, *Regionalismo y migración*, Ediciones del Archivo Histórico del Guayas, Guayaquil, 1977.

una peligrosa deformación política que quiere “encontrar” un Ecuador imaginado y no construir el Ecuador real e histórico que se evidencia en los procesos que hemos vivido y que han determinado lo que somos.

Precisamente, bajo el influjo de una supuesta uniformidad nacional, hoy, que se ven caminos de descentralizaciones y autonomías, se pretende oponerlas y enfrentarlas sin ver la diversidad complementaria que tenemos y sin aceptar lo que en la historia ellas han procesado y construido. Por eso, es necesario que se las vea que son diferentes, que generan productos diferentes, sociedades diferentes y un Ecuador diverso, pero históricamente complementario.

Lo anterior supone superar un obstáculo que opera también como prejuicio, ideología, racionalidad y ritual construidos socialmente por intereses económicos y políticos regionales. Esta visión ha sido manipulada por los intereses andinocéntricos, aumentando las dificultades de percepción e interpretación. En la concepción y solución tradicional de reordenamiento del espacio nacional hay una alta dosis de intolerancia. Situación que genera “incomprensión” para entender y aceptar que Quito es la capital de la república, pero no el centro-poder del país diverso regional y variado cultural y étnicamente que siempre hemos sido y seremos. También hay un prejuicio de los guayaquileños de creer que porque históricamente son el eje dinámico de la economía del país deben tener más poder. Esto no debe entenderse como un juego de dos ciudades para ganar representación y poder, sino de saldar cuentas con el centralismo (como deformación antidemocrática del Estado). Aceptando la presencia de la regionalidad como un hecho y proceso que gravita en el país, asumiéndola y comprendiendo su incidencia como un producto social del proceso de constitución y desarrollo desigual del capitalismo en las regiones y localidades del Ecuador. Pues, de hecho, hubo y habrá ciudades y regiones que pueden tener más o menos desarrollo mercantil capitalista. La historia económica de Guayaquil y su progreso no la convierten en centralista de la economía para equipararla al centralismo político de la capital. Persistir en este error es prueba de tozudez política ideológica, de equívoco teórico y cognitivo, que no ayuda a reconstruir la unidad nacional. La racionalidad andinocéntrica ha creado una ideología del “bicentralismo” que solo se explica en la lógica perversa de aquellos que no quieren destruir el centralismo y construir una sociedad más democrática.

Hoy, cuando la crisis interregional es más aguda, por factores externos sobredeterminantes y por acción de las causas internas, hay que acercarse a entender qué es lo regional y cómo actúa históricamente entre nosotros. Lo primero que hay que asumir es que en el Ecuador de ayer y de hoy, cuando hablamos de región y regionalidades no nos referimos a la geografía sino más bien a la sociedad, economía, cultura, historia y sus procesos diferenciados y diferenciadores intra e interregionales. Esto parece sencillo en la teo-

ría pero es más difícil de asumir en la práctica y en el desarrollo de la vida intercultural.

La región alude, caracteriza, define la dimensión y la realidad espacial, socioeconómica, sociohistórica, étnica y cultural de los procesos sociales y políticos del país. El Ecuador desde los tiempos precolombinos ha estado constituido, configurado, estructurado y construido por regiones, regionalidades, regionalismos positivos, diferenciados y de marcado desarrollo desigual que se ha pretendido integrarlos más desde el Estado, como aparato, que desde el Estado como sociedad políticamente organizada. Nunca hemos dejado de ser diversos ni diferenciados regionalmente, por mucho que todos cantemos el Himno Nacional y reverencemos los símbolos patrios.

Precisamente por esto las identidades regionales en vez de morir cuando nace el Ecuador, se han fortalecido y permanecido no como arcaísmo sino como marca y modo de ser de ésta y variada diversidad que somos. Ignorarla y soslayarla es lo que nos puede perder y dividir más. Pues, la economía, cultura, historia, etnia, hechos y procesos políticos, las instituciones, las acciones y los individuos no se han dado ni se dan en el aire, ni en espacios homogéneos ni vacíos, sino en lugares concretos que en el país han sido las regiones y las regionalidades históricamente estructuradas y estructuradoras socialmente. Así se habla de la tierra de los Juanes, la capital económica del país, la Atenas del Ecuador, la tierra de los Montoneros, la región del Quiteño Libre, la novela costumbrista costeña y serrana, etc. Todo esto alude a la persistencia y a la consistencia de las identidades regionales y territoriales que una visión democrática de un país unido y diverso no puede ni debe ignorar.

La existencia de la región y el peso de la regionalidad en los procesos histórico sociales del país ha sido suficientemente reconocida e investigada. Aunque no siempre aceptada por los intereses regionales en juego. Incluso se ha reconocido que la mayoría de los hechos políticos del país están marcados por sus signos. "La política ecuatoriana se ha desarrollado al calor de sus cambiantes regiones: la Independencia de España, la Revolución Liberal, la Gloriosa y todas las grandes luchas del siglo XX, han tenido un indiscutible sello regional. Comprender científicamente esta compleja realidad demanda una atención académica que pocos le han otorgado a nuestro país".¹⁸

Quienes han comprendido esto, porque lo han investigado con objetividad y plena responsabilidad cognitiva, han dicho que "las regiones, más que un mero reflejo de estructuras geográficas y económicas son construcciones de agentes sociales históricamente determinadas. En otras palabras, se trata de proyectos políticos colectivos, más o menos desarrollados según el caso

18. Quintero, *Ecuador: una nación en ciernes*, op. cit.

en los que determinaciones objetivas vienen procesadas en función del acervo cultural del grupo y de las circunstancias históricas concretas que le circundan. Desde este punto de vista, las regiones en la historia de la república ecuatoriana han sido tres: la de Quito, la de Guayaquil y la de Cuenca” (Juan Maiguashca).

Por esto, lo que para algunos suena y lo sientan como la “insoportable” presencia de los “anacronismos” de las regiones y las regionalidades, sus relaciones e interrelaciones cuanto sus diferencias, no son tales. Éstas, como construcciones y cristalizaciones sociopolíticas y culturales, son la inequívoca evidencia de las huellas y los modos de ser de una realidad sociohistórica que está constituida y sostenida en esas diversidades. Las regiones, las regionalidades y sus productos son esos modos históricos y sociales del ser ecuatoriano, desde un lugar y bajo una identidad, que evidencia cuanto tiene que hacer una real unidad política para no bloquearlas, negarlas, o reprimirlas sino, asumirlas. Es que la insoportable presencia de la región-regionalidad no es otra cosa que la sustancia de la levedad diversa del proceso de construcción del ser nacional. Ellas señalan los variados modos de ser de la unidad de la diversidad que configura al Ecuador multiregional y multicultural que históricamente nos configura.

Estas regiones y regionalidades están evidenciándose, en su vitalidad, creándose y recreándose, mostrándose en esa hermosa literatura del cholo, montubio, indígena, de los chullas y los mestizos costeños. Ahí está revelándose, palpitando y actuando el Ecuador regional y regionalizado que no podemos negar. Pues, la identidad costeña y de sus subregiones no puede ser subsumida, entendida, ni expresada, peor representada, en una identidad centroandina, sino en la atmósfera tropical, subtropical, mestiza, abierta y de influencia afrocaribeña que se funde con la huella de los flujos migratorios de la serranos costeñizados, de españoles y de otras nacionalidades. Debemos aceptar que somos diversos en el mestizaje y en las etnias, en las culturas y en los modos de vida, pero que eso no nos ha impedido construir lo que hasta aquí hemos realizado: un Ecuador unido pero que existe como espejo trizado.

Tiene razón y acierta, en la comprensión de las regionalidades, el cuencano Leonardo Espinoza¹⁹ cuando sostiene que: geográficamente el Ecuador está conformado por tres regiones continentales (Litoral, Sierra y Oriente) y una insular (Galápagos); somos un Estado con tres países y un archipiélago. En estas matrices espaciales es donde se desarrollan y diferencian identidades culturales macro, que deben ser reconocidas constitucionalmente. Los habitantes costeños, andinos o amazónicos, resuelven de diferentes formas

19. Espinoza, *op. cit.*

los problemas de producción, alimentación, vestuario, vivienda, etc. Esta diversidad es una de las fortalezas del Ecuador para construir modelos de desarrollo basado en el autocentramiento regional, y posibilitar la creación de un mercado nacional, autosostenido por las ventajas comparativas y complementarias, basadas en las diversidades productivas...

Es posible llegar a pensar que, toda negación de las regiones y las regionalidades lo que oculta en el fondo es la creencia de un Ecuador uniforme, bajo hegemonía andinocéntrica. La región y las regionalidades lo que develan y revelan es que no es posible persistir y tolerar la existencia de un Ecuador imaginado, mítico y mágico que niega y considera anacrónico al Ecuador real que muestra y demuestra sus distintos modos de vida en lo regional, social, cultural y étnico. Asumamos el Ecuador real con sus ricas diversidades regionales, étnicas y culturales y solo así podremos construir un país viable y una unidad factible y posible, en los momentos en que la globalización interpela las identidades y obliga al reordenamiento del Estado nacional. Reordenamiento que deberá asumir el juego complejo que articule ciudad (lo local), región (las regionalidades), la nación y lo global. En ellas estarán como síntesis de múltiples determinaciones las diversidades culturales, étnicas y regionales.

La cuestión regional ha sido una constante no solo como realidad sino como esfera y piso sociopolítico de conflictos, contradicciones y enfrentamientos. Permanentes diferencias y choques interregionales e intrarregionales han estado, a la orden del día, presentes y actuando, del ayer al presente. Pugnas que han impedido, dificultado e incidido en la débil estructuración del Estado-nación. Pero también expresando esas realidades e identidades socioculturales que no se pueden negar, reprimir o silenciar. Ésta es la trama de un paradójico doble desencuentro entre nación y Estado. Pues, las regiones, en lugar de articularse, como sociedades concretas e históricas, en la base social del Estado, han tendido a segregarse de él, afirmando su identidad y diferencia.

De otro lado, el Estado, en vez de buscar nutrirse y sustentarse en las sociedades concretas que lo constituyen, históricamente ha pretendido negarlas. Por eso, las regiones, al afirmarse como realidades sociopolíticas, no reconocidas ni reflejadas en el Estado, han terminado desplegando lógicas particulares. Y, por otro lado, el "Estado nacional", pretendiendo afirmarse como aparato y poder, negando y bloqueando las diversidades regionales, étnicas y culturales que la sociedad creaba, ha terminado creando una lógica autoritaria de exclusión y de unidad imaginada. Doble desencuentro que ha impedido un diálogo y acuerdos políticos y socioculturales que hubieran fortalecido al país.

La presencia constante de las regiones, los regionalismos y sus conflictos cruzados por diversidad de intereses, han determinado que la llamada "cues-

ción regional es multifacética. Por ello se ha expresado en variedad de relaciones sociales". Porque ella, "a más de concentrarse en relaciones entre poder central y poderes regionales, involucra, en una u otra forma, a todos los actores sociales ecuatorianos". Esto ha determinado que, como indica Juan Manguashca: "El conflicto entre centro y periferia ha sido el principal fenómeno político en la historia a lo largo de todo el siglo XIX y hasta nuestros días". Por eso las identidades socioculturales regionales han tenido mucho más peso y consistencia que la nacional. Incluso, el propio imaginario regional y local aparece, como más real y rico. Pues, tiende a expresar su variedad y rica diversidad no obstante que ha pretendido ser silenciado o bloqueado por una supuesta identidad nacional imaginada, sin diferencias regionales ni étnico-culturales. Sin embargo, la historia y sus procesos les ha jugado una mala pasada a los intereses ocultos de todos aquellos que no quieren ni mirar ni atender, peor entender el espejo trizado que realmente somos.

CONCLUSIONES

1. Hemos intentado recoger e inventariar los elementos que sobre región, regionalidades y el proceso de constitución del Estado nacional se han dado en la historia. Este último, lo consideramos como inconcluso y "en ciernes", donde la región, la regionalidad y los regionalismos son una constante y elementos constitutivos de su configuración y debilidad. Distintos estudios y autores han aportado investigaciones e interpretaciones: Quintero, Manguashca, Ayala, Pachano, Moreano, etc. Estas formulaciones han avanzado aspectos fundamentales sobre el Estado-nación que es necesario recoger y utilizar. Estos avances y desarrollos deben ser enriquecidos y recreados con las formulaciones de Giddens, Beck y Ianni referidas a la globalización. Así también, habría que incorporar las formulaciones de David Miller concernientes al Estado nacional, los nacionalismos y el pluralismo cultural de hoy. Con esta suma de elementos hay que intentar una explicación aproximativa, empleando algunas de las conclusiones referidas a las dificultades o crisis de los megarelatos que algunos posmodernos han aportado. También Habermas nos da elementos para entender y reconceptualizar los aspectos básicos del proceso que nos toca vivir en el mundo globalizado y posmoderno de hoy (especialmente los que están en su obra *Más allá del Estado nacional*).

2. Sostenemos, partiendo de las tesis de Beck, que el Estado nacional en el Ecuador impuso una falsa homogeneidad interna para control burocrático y vertical de las diversidades sociales que intento articular y subordinar. Este proceso se caracterizó por imponer una lógica de centralidad y centralización, de un lado; y de otro, por la práctica reiterada de la exclusión, no so-

lo regional, política y cultural. También bloqueó, reprimió y silenció las diversidades regionales, étnico y culturales. De esta manera no solo creó un poder centralizado y burocrático sino también una discursividad sobre el ser, la identidad y la cultura nacional. El Estado nacional, la identidad y la cultura nacional imaginadas como estructuras, discursos y rituales han podido más que la historia. Pero no solo se quedó ahí sino que también creó un megarelató sobre el origen, historicidad y proceso de constitución del Estado nacional que iría del imaginado Reino de Quito, Presidencia de Quito al Ecuador republicano de 1830. Éste es el soporte de una visión andinocéntrica del Estado y la cultura nacional. Lo hizo desde lo que Ayala llama el “proyecto criollo y el proyecto mestizo”. Se impuso así una concepción, visión y difusión de la identidad y la cultura nacional como homogénea. Unidad sin diversidades. Pues, como bien dice Beck: “La homogeneidad interna es esencialmente una creación del control estatal. Todos los tipos de prácticas sociales –producción, cultura, lenguaje, mercado laboral, capital, educación– están regulados, acuñados, limitados, racionalizados y, al menos, etiquetados desde el punto de vista nacional (economía, lengua, literatura, opinión pública, historia nacionales”. Pero, esto ha entrado en crisis en la actualidad. La situación de crisis genera cuestionamientos y plantea necesarios reordenamientos que están estimulados no solo por la globalización sino además por lo que Felipe Burbano de Lara llama “el desplome del espacio nacional”, al calor del conjunto de contradicciones que se destapan por el agotamiento del Estado centralista y por la persistencia de la región y la regionalidad.

3. El desplome del espacio nacional, que plantea la tarea de reordenar y rearmar los restos del país que deja la crisis, sin embargo permiten observar la persistencia y consistencia de las regiones y localidades que las posturas del centralismo no pueden entenderlas como problemas, ni resolverlas como complejas situaciones políticas. Son las evidencias del agotamiento del Estado centralista, excluyente de diversidades, que fue creado a lo largo del siglo XIX y, particularmente, desde 1925 al boom petrolero de 1970. Éste vive hoy una crisis de crecimiento, obsolescencia y desgaste. Proceso que está determinado por el ascenso de las luchas descentralizadoras y autonómicas de las diferentes sociedades regionales, intrarregionales y locales que no han sido reconocidas, ni han podido ser integradas y valoradas, como tales. Pero, también gravitan sobre estos momentos históricos los procesos de empoderamiento de las ciudades en lo económico, social, político y cultural que tienen que ver con los nuevos tiempos que encaran las sociedades de hoy. Nos obstante, la determinación fundamental, en lo interno, está marcada por el ascenso de las luchas indígenas que cuestionan el modo tradicional de relación del Estado nacional con la diversidad de la sociedad civil y con el modo de tratamiento de los núcleos sociales en la espacialidad y en la estructura jurídica del Estado.

4. La situación actual, sin embargo, expresa también una fractura-distanciamiento entre diversidad social (regional, étnica y cultural) con el Estado nacional. Esto Simón Pachano ya lo detectó en 1960 cuando en su investigación estableció que: "De partida, la división político-administrativa del país no reflejan a las sociedades regionales y/o locales actualmente existentes..."

El efecto de la presencia de esta estructura de delegación es claramente negativo en términos de capacidad de expresión de las sociedades regionales y locales. Aunque la constitución no lo señala, explícitamente, el delegado del ejecutivo en cada una de las instancias asume el papel de primera autoridad, lo que de hecho niega la posibilidad de expresión directa y, en consecuencia, se constituye en un dique para la manifestación de sus intereses.

Precisamente, por esto tanto la construcción del Estado-nación cuanto los referentes de la identidad nacional y la cultura nacional dan lugar a un Ecuador como una "nación en ciernes" (Quintero-Silva). Proceso que a todo lo largo de la historia, desde las luchas sociales y políticas, se ha mostrado como inacabado. Inconclusión que determina constantes búsquedas y construcciones ideológicas de un Estado nacional imaginado antes que uno real e histórico. Por esto, puede llegar a sostenerse que modernidad y modernización, como procesos racionalizadores y de readecuación social no han encajado, han sido esquivos o se han expresado bajo modos de ser atípicos, distorsionados e incluso distorsionadores.

5. De hecho y a lo largo de los procesos histórico sociales la negación, represión y bloqueo de las regionalidades y localidades, si bien fortaleció la función del Estado nacional, como aparato, y le permitió la defensa de la territorialidad ante el asedio fronterizo de sus vecinos (especialmente del Perú); lo dejó solo en eso: un aparato burocrático que ejercía un poder pero que estaba distanciado de la diversidad social que lo construyó. Este proceso no permitió que el Estado tuviera como base de sustentación la diversidad de las sociedades regionales, étnicas y la variedad cultural que históricamente nos ha caracterizado, haciendo del Ecuador esa rica fanesca de heterogéneas culturas complementarias.

Ese proceso de represión y bloqueo a las diversidades regionales no contribuyó a su unidad y a la estructuración de una base social más o menos real y sólida que permitiera construir un país viable y que tuviera definido un proyecto con destino cierto. Tampoco fue un elemento determinante en la articulación externa. Lo fue, en realidad, solo el dinamismo regional agromercantil de la Costa. Esta situación compleja y contradictoria de afirmación de un aparato Estado nacional que no expresaba las diversidades sociales reales, fortaleció más las regionalidades y los regionalismos, donde su lógica y dinamismo terminaron por coexistir paralela y, algunas veces, en contra de la lógica del Estado nacional. Esta ha sido permanente fuente de contradicciones y enfrentamientos.

La realidad histórica nos dice que esto sucedió no solo con el relativo dinamismo regional (a veces autárquico) de la Costa sino también de la Sierra centro-sur; y, a lo mejor, con algunos segmentos de la Sierra centro-norte. Precisamente, por esto no será aventurado sostener que la modernidad y modernización como procesos de racionalización (que lo abrió la revolución liberal y las montoneras montubias de Alfaro) no tuvo sino que ir como un proceso violento, revolucionario. Además, se quiso postularlo, bajo propuestas y proyecto político regional de la Costa hacia la Sierra. El tren unió físicamente las regiones, pero las diversidades y las diferencias siguieron existiendo. La interculturalidad regional no podía expresarse, ni ser parte de un Ecuador que con su lógica estatal negaba la regionalidad y lo local.

6. De otro lado, la lógica de la articulación externa, que integraba más la región agromercantil costeña que el conjunto de la formación social ecuatoriana (pues el mercado interno también era un proceso en ciernes y no pocas veces fracturado regionalmente) no contribuyó en los mismos ritmos que ella lo hacía al exterior, al fortalecimiento e integración nacional en el interior del país y en la relación de las regionalidades.

El mercado nacional, segmentado no solo por la geografía cuanto por la tradición política y cultural siguió siendo regional e intrarregional antes que nacional. Esta fractura del espacio económico y social fue un elemento de debilitamiento del Estado nacional. Afectó tanto a lo social y cultural. En este sentido cabría también hablar de un "mercado nacional en ciernes" hasta fines de la primera mitad del siglo XX. De ahí que la consistente realidad de las regiones y las regionalidades de hoy, articuladas y estimuladas por la herencia de ayer, se vea también acicateadas, en su dinamismo interno, por la interpelación que hace el proceso de globalización y lo que se da en llamar glocalización.

7. Estos aspectos ponen en el tapete nuevas condiciones para redefinir y reestructurar el Estado-nación y para repensar y reconceptualizar la relación de éste con las regiones y las regionalidades como realidades históricas, constantes de poderosa sustancia social que tienen que ser incorporadas en este proceso reestructurador. Seguir las excluyendo puede dar continuidad al permanente desatino histórico en el cual ha pretendido mover la política y los intereses regionales de los poderosos de la Sierra y de la Costa. Pero, tal reestructuración del Estado-nación no supone volver a ubicar a éste como eje y centro de un poder regional (andinocéntrico) que tutela y subordina a los demás regionalidades y localidades, sino como uno de los cuadrantes de un nuevo modelo que integra, en un proceso complejo y no en un todo armónico, lo local, regional, nacional y global. ¿Cómo hacer esto? Éste es el dilema y la tarea para historiadores, sociólogos y científicos sociales, en general. Porque, por el peso y determinante gravitación que el Estado ha tenido en la vida política del país (más como aparato-institución) ha impedido que sea

unidad orgánica y política de las diversidades sociales. El proceso de reestructuración supone invertir el camino: ayer el Estado quiso construir la sociedad desde arriba, hoy la diversidad social debe reestructurar el Estado desde abajo, sin dejar de considerar el peso que tiene lo local, regional y las determinaciones internas y externas que genera la globalización.

Por esta experiencia de exclusión social, la nueva racionalización debe tener su eje fundamental en la sociedad y nueva ciudadanía y no en el marco burocrático y centralista. Solo de este modo los agentes sociales que los sustentan y estructuran pueden ser pensados descentradamente del rol y peso que el Estado, su discurso y razón burocrática impuso y pone aún hoy. Además la globalización nos induce, inevitable e imperceptiblemente, a un proceso de pérdida y redefinición real del valor tradicional y significación de las fronteras para el “quehacer cotidiano en las distintas dimensiones de la economía, la información, la ecología, la técnica, los conflictos transculturales y la sociedad civil”.²⁰

La transnacionalización de la mutación sociocultural, que experimentamos hoy, nos conduce a procesos de globalización de la ciudad, la región y la nueva nación. Porque como dice Giddens tenemos que “actuar y (con)vivir superando todo tipo de separaciones (en los mundos aparentemente separados de los estados nacionales, las religiones, las regiones y los continentes)”. Ya que la vida social de hoy no incluye ninguna mancha blanca y permite una orientación sin tener en cuenta el punto en el globo en el cual nos hallamos.²¹

El desafío para los historiadores, investigadores, científicos sociales, maestros, políticos y para toda la sociedad civil ecuatoriana es un conjunto de tareas que se enmarcarían en la necesidad de comprender los verdaderos efectos reordenadores y reestructuradores de la crisis interna, de la presencia de nuevas realidades y de los estímulos de la globalización. Además, desde aquí podemos derivar la necesidad de reestructurar el Estado, valorizar y revalorizar las regionalidades, situar la verdadera importancia de las ciudades y localidades, abriendo un ancho cauce de democratización del país y de reconocimiento de las diversidades regionales y étnico culturales. Pero, esta complejidad de tareas y desafíos supone:

a) No eludir la globalización, ni comprenderla, únicamente, como un proceso económico neoimperialista, sino leer y comprender la mutación sociocultural que éste trae. No subordinarse mecánicamente a él. Hay que hacerlo revalorizando y readecuando, redefiniendo y reestructurando el Estado-nación y su relación con la diversidad social del país.

b) No creer que el Estado nacional, la incidencia de las regionalidades y

20. Beck, p. 42.

21. *Ibidem*, p. 42.

el valor de las localidades, así como de las culturas y etnicidades desaparecen y se difuminan por el ímpetu globalizador. No hay tal cosa, no estamos frente a una macdonalización cultural y de las identidades sino frente a una redefinición y readecuación de ellas.

c) Revalorizar los elementos simbólicos, históricos y modernos de las diferentes culturas e identidades tanto regionales como étnicas y sociales del Ecuador diverso.

d) Trabajar desde la historiografía, por contribuir a crear la cultura de la diversidad y del reordenamiento del espacio nacional de modo que la heterogeneidad sociocultural, étnica y simbólica sea aceptada y respetada por todos sus integrantes.

e) Comprender que la llamada eclosión de los autonomismos y reordenamientos políticos descentralizadores forman parte de los nuevos tiempos que demandan nuevas aptitudes para crear un nuevo país. Pero tal cosa requiere que superemos los viejos vicios del centralismo político y las aberraciones que alimentan las exclusiones culturales, étnicas y regionales.

8. Lo que hemos llamado asedio de la globalización sobre el Estado nacional, las sociedades, culturas e identidades en lo nacional, regional y local, no es una simple frivolidad de un sádico que acecha, en la intemperie, a unas infantes inocentes para seducirlas y tomarlas. Es un complejo histórico: síntesis de múltiples determinaciones socioeconómicas, culturales y de recreaciones simbólicas que cuestionan el pasado, el presente cuanto las formas de configuración del Estado-nación, así como la articulación de las sociedades regionales y locales con el exterior. Es una verdadera interpelación y llamado a redefinir los modos de vida tradicionales. Transformación que cambia y obliga a reordenar estructuras, relaciones y formas de acción política, sociocultural y simbólica sobre todas las formaciones sociales del espacio ecuatoriano.

La globalización como mutación civilizatoria constituye un verdadero desafío para reorganizar lo local, regional, nacional en el marco del estímulo externo. No hay que leerla ni entenderla como un simple conjunto de incidencias económicas (superimperialismo) que trae solo efectos negativos. Es más compleja como proceso, producto y efecto. Pues, "no debería sorprendernos que en la globalización intervengan factores económicos, tanto como sociales y políticos, con connotaciones diversas en las diversas realidades nacionales y locales, las cuales, vistas desde una óptica de creciente interrelación externa, trasciende las racionalidades tradicionales".²²

9. El reordenamiento del espacio nacional, la redefinición del Estado, la reconceptualización del Estado-nación y las culturas nacionales para que

22. Alberto Acosta, "Alcances y limitaciones de la globalización", en *Identidad Nacional y Globalización*, Edic. Ildis, Quito, 1997.

puedan reconocer y asumir la diversidad social y responda a los nuevos estímulos de la sociedad que la globalización genera, demandan un giro de 180 grados en la estructura democrática del Estado, sociedades, culturas y etnias que existen y procesan sus diversidades. Esta tarea es larga, grande y difícil. Los grupos de interés, poderes, clases, burocracias y corporaciones se anteponen y ponen bloqueos en el camino.

En este camino difícil de readecuaciones la ruta adecuada parece ser la de asumir, como teoría y práctica, una democracia participativa, la reconstitución ciudadana y un rol central de la sociedad civil (y sus diversidades) asignando una función “descentrada” al nuevo Estado. Hay que atreverse a tener la sensibilidad y dotarse de la nueva racionalidad que asuma y procese la aceptación de que en el Ecuador “hay muchas libertades y una variedad de metas e identidades políticas”, cuanto variadas formas “en que diversos actos se fusionan para formar sujetos colectivos”²³ nuevos que están abriendo y creando espacios inéditos para rehacer la nación sin negar la región ni marginarse de los efectos positivos y negativos de la globalización.

Esta tarea, los instrumentos y el camino tienen que hacerse ahora o el Ecuador no solo será un Estado nacional en ciernes, sino un conjunto de fragmentos y tensiones irresolubles que dibujan apenas un país inviable. ¿Queremos esto para el país? Nadie expresamente lo acepta. Sin embargo, muchos irresponsables, conscientes o inconscientes, creen que sí. Algunos nostálgicos del gran poder del “Leviatán”, fundamentalistas del “Ogro Filantrópico”, creen que se puede sobrevivir en el siglo XXI frente el asedio globalizador con esos viejos esquemas ideológicos, políticos, culturales, y estructuras políticas. Algunos todavía creen que es posible que sobreviva la centralidad estatistas que debilita y reprime la variedad sociocultural premoderna, moderna y posmoderna que tiene el Ecuador actual. El tiempo social y la necesidad histórica no es una cita de “hora ecuatoriana”, impone obligaciones y ritmos acelerados que desea un país unido en su rica y complementaria diversidad regional, social, étnica y cultural.

10. Finalmente, es necesario, desde la historiografía, recuperar y revalorizar el rol de la sociedad civil ecuatoriana en los procesos sociales del país. Este trabajo teórico debe ser parte de la recuperación de su protagonismo como sujeto político y como base de la estructuración del nuevo Estado. Para ello hay que buscar una nueva relación entre ésta como diversidad étnica y regional, con el Estado que hay que transformar. La pregunta que salta es: “¿Quiénes son nuestros Otros? Esta pregunta se está reformulando en tiempos de globalización”. “La novedad de los últimos años globalizados es que

23. Sara Radcliffe y Sallie Westwood, *Rehaciendo la nación...*, *op. cit.*, p. 76.

este espacio público debe ser construido a escala transnacional".²⁴ Esto solo debe y puede hacerse si queremos asumir críticamente la globalización y globalización sociocultural. Pero, requiere redefinir y reestructurar los lenguajes, signos y sentidos de lo nacional, regional y local urbano.

Tarea difícil y desafío necesario. Sin duda, va más allá de las acciones de historiadores y docentes de las ciencias sociales y de la enseñanza de historia en el aula. Forma parte de la nueva actitud y disposición que debe tener la "nueva ciudadanía". Nuevos ciudadanos que se deben crear a partir de una amplia y nueva forma de concebir la democracia. Para ello hay que construir la nueva forma de relación entre sociedades, identidades, culturas y Estado en el marco de las constantes y renovadas experiencias socioculturales, que trae, deja y lleva la globalización y la interculturalidad de hoy. Pero, también supone un necesario y estratégico emponderamiento de la sociedad civil diversa y de la ciudadanía movilizadora y participativa, no solo sobre el Estado sino también sobre el conjunto de los grupos de interés, corporaciones, beneficiarios, etc., del poder que deja la exclusión. ¿Podremos hacerlo y cristalizarlo desde Guayaquil, la Costa y el hermoso Ecuador diverso que somos?

24. Néstor García Canclini, *La globalización imaginada*, Editorial Paidós, México, 2000.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Alberto,
1997 "Alcances y limitaciones de la Globalización", en *Identidad Nacional y Globalización*, Edic. ILDIS, Quito.
- Arosemena Arosemena, Guillermo,
1991 *La Gran Bretaña en el desarrollo económico del Ecuador, 1820-1930. Ecuador: Evolución y búsqueda del despegue económico, 1830-1938*, Banco Central del Ecuador.
- 1991 *El fruto de los dioses: el cacao en el Ecuador*.
- 1993 *El comercio exterior del Ecuador*, tres tomos.
- 1994 *Nuestros males crónicos: La crisis económicas en el Ecuador*.
- 1995 *La Historia Empresarial del Ecuador*, tres tomos.
- 1996 *La inalcanzable prosperidad: los pocos aciertos y grandes desaciertos*.
- Ayala Mora, Enrique,
2000 "Vertientes históricas de la nación ecuatoriana", en *Ecuador las raíces del presente, La Hora/Universidad Andina Simón Bolívar/Taller de Estudios Históricos*, Quito.
- Carrión, Fernando,
1992 "Evolución del espacio urbano ecuatoriano", En *Nueva Historia del Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Coraggio, José Luis y otros,
1989 *La Cuestión Regional en América Latina*, Edic. Ciudad, Quito.
- Chiriboga, Manuel,
1980 "Las fuerzas del poder en 1830", en *Revista Cultura*, Banco Central del Ecuador, Quito.
Jornaleros y gran propietarios en 135 años de exportación cacaotera: 1780-1925, Consejo Provincial de Pichincha, Quito.
- 1983 "Región y participación política", en *Revista Ecuador Debate*, No. 3, Quito.
- Deler, Jean Paul,
1992 "Estructuras espaciales del Ecuador contemporáneo, 1960-1980", en *Nueva Historia del Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Echeverría, Bolívar,
1998 *Las ilusiones de la modernidad*, Quito.
- Espinosa, Leonardo,
2000 "Regionalización, descentralización y autonomía como facilitadores para un proyecto de desarrollo de la región cañari", en *Revista Economía y Política de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Cuenca*, No. 6, Cuenca.
- Estrada, Julio,
1977 *Regionalismo y migración*, Archivo Histórico del Guayas, Guayaquil.
- García Canclini, Néstor,
2000 *La globalización imaginada*, Editorial Paidós, México.
- Giddens, Anthony,
1994 *Consecuencias de la Modernidad*, Alianza Editorial, España.
- 2001 *Más allá de la izquierda y la derecha*, Cátedra, España.

- Gómez, Nelson,
1992 "Organización del espacio ecuatoriano", en *Nueva Historia del Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Habermas, Jürgen,
1988 *Más allá del Estado Nacional*, Fondo de la Cultura Económica, México.
- Ianni, Octavio,
1999 *La sociedad global*, Edic. Siglo XXI, Argentina, 1999.
- Kliksberg, Bernardo, edit.,
1996 *Rediseño del Estado: una perspectiva internacional*, Edit. Nueva Sociedad, Venezuela.
- Laviana Cuetos, María Luisa,
1987 *Guayaquil en el siglo XVIII, recursos naturales y económicos*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla.
- Maignashca, Juan, edit.,
1994 *Historia y región en el Ecuador, 1830-1930*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Miller, David,
1992 *Sobre la nacionalidad Autodeterminación y pluralismo cultural*, Edit. Paidós, España.
- Núñez Sánchez, Jorge, edit.,
1992 *Nación, Estado y Conciencia Nacional*, Edit. Nacional, Quito.
- Pachano, Simón,
1996 *Democracia sin sociedad*, Ediciones ILDIS, Quito.
- Quintero, Rafael; Silva, Erika,
1983 "Estado, nación y región en el Ecuador", en *Revista Ecuador Debate*, No. 3, Quito.
- 1991 *Ecuador: una nación en ciernes*, Abya-Yala, Quito.
- 1991 *La cuestión regional y el poder*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Radeliffe, Sarah; Westwood, Sallie,
1999 *Rehaciendo la nación. Lugar, identidad y política en América Latina*, Abya-Yala, Quito.
- Sánchez Parga, José,
1997 "Identidad Nacional, Cultural y Globalización", en *Identidad Nacional y Globalización*, Edic. ILDIS, Quito.
- 1999 *La modernización del Estado Fin del ciclo del Estado-nación*, Abya-Yala, Quito.
- Trujillo, Jorge,
1983 "La cuestión regional en el Ecuador", *Revista Ecuador Debate*, No. 3, Quito.
- Vattimo, Gianni,
1991 "Posmodernidad; ¿Una sociedad transparente", en *Debates sobre Modernidad y Posmodernidad*, Edic. Nariz del Diablo, Quito.